

*Un Corazón sencillo, Las tentaciones de San Antonio y Herodías.*

Y como Flaubert, ¡cuántos otros novelistas antiguos y modernos que trabajan con puro interés estético, con inspiración desligada de todo propósito que trascienda á las luchas reales de la vida! Como que toda una tendencia de la novela va por ese camino.

Lo que hay es que, así como la poesía lírica tiene ventajas sobre la novela para todo lo que tenga expresión adecuada en la misteriosa relación de la idea al ritmo y á las demás cualidades musicales del verbo humano, como el sentimentalismo vago, místico, melancólico, que se complace, por ley de su naturaleza, en la expansión lírica, así también la novela tiene ventajas sobre la poesía lírica para cuanto se refiere á producir impresión fuerte, merced á la imitación más aproximada de la vida real en las letras; en este respecto, puede decirse, en general, que la novela es á la lírica, en sentido de progreso ó perfección, lo que la lírica es á la música. No hay que confundir el vigor y eficacia de los medios de expresión con el propósito extra-estético, con la impureza artística. Un ejemplo: aquella *Blessed Damozel* del poeta pre-rafaélico (que tanto enamora á Núñez de Arce, y del cual ya ha hecho una copia artística Vernon Lee—Violeta Paget—en su *Miss Brown*); *The Blessed*

*Damozel*, inclinada sobre los dorados balaustres del cielo, en la mística *veranda* del soñador dantesco, mirador tan alto, que desde él apenas se divisa el sol allá abajo, no es más poética, ni más pura, ni más extraña á todo interés utilitario y no artístico, á pesar de encontrarse en tan elevada posición, á tantos metros sobre el nivel del mar, que la humilde y muy terrenal *Felicité* de *Un cœur simple*, la pobre vieja que encontraba muy natural morir de la misma enfermedad que su ama. *Felicité*, mística á su modo, enamorada de un papagayo, y que después de recibir los Sacramentos, y al morir, delirando, cristianamente, *crut voir, dans les cieux entrouverts, un perroquet gigantesque planant au dessus de sa tête!* ¡Ah, D. Gaspar! ¡Con buena intención y alma abierta á todo lo hermoso y puro, bien se puede creer que el *perroquet* de Felicidad era el Espíritu Santo! Las alturas poéticas no se miden con el barómetro; no es más poético lo más alto, ni menos lo más cercano á la tierra; en el arte, como en el universo, no hay arriba ni abajo.

VI

Termina Núñez de Arce la primera parte de su discurso defendiendo la poesía lírica en el

terreno de la forma y poniendo en parangón la prosa y el verso. A fuer de leal, comienza con el elogio más cumplido de la prosa, elogio tan elocuente como inútil (hasta donde puede ser inútil lo elocuente). Porque hay que notar que jamás se le ha podido ocurrir á nadie renegar de la prosa ni discutir su importancia; ni al mismo M. Jourdain se le pasó por las mientes. Al llegar aquí, recuerdo, y abro un paréntesis, que en no sé qué álbum ó revista he leído hace poco un pensamiento de Campoamor, una *humorada*, si no me es infiel la memoria, en que mi ilustre amigo y casi paisano insulta á la prosa terriblemente; pero hay que advertir que el gran Campoamor, excelente prosista (en prosa y en verso), es muy amigo de la paradoja, en que luce su ingenio como pocos; la paradoja, para los atletas del pensamiento, es una gimnasia; el que hoy, jugando, levanta una paradoja á pulso, mañana rompe las cadenas de una preocupación de esas que andan disfrazadas de *principios inconcusos*. Pues bien; á Campoamor no hay que hacerle caso cuando habla mal de la prosa, como no se le hizo cuando insultó á Aristóteles y puso como chupa de dómine á... *los hechos*, así como suena, es decir, todo lo que sucedió, sucede y puede suceder... *no es via emp*. La prosa no necesita defensa, porque... la prosa es la preciosa facultad del lenguaje, de

quien nadie ha dicho pestes todavía, y eso que de tantas cosas se ha hablado mal. Sin la prosa, ni seríamos monos, ó antropoides por lo menos, el hombre al lado del otro. Cuando los cristianos del primer siglo se entusiasmaban con sus facultades extraordinarias de lenguaje universal, que estaba cifrado en la glosolalia, modo de hacerse entender de todos á fuerza de no explicarse para nadie, el apóstol de los gentiles, sin duda gran partidario de la prosa, advertía á sus hermanos que la tal glosolalia era buena para ejercitada á solas; pero que cuando hubiese gente delante, el glosolalo debía hacerse traducir por algún intérprete, esto es, por un prosista, en el sentido lato de la palabra. La prosa y el verso no son dos especies de un mismo género, sino un género y una especie de éste. Comparar el verso con la prosa, es como comparar la música con el sonido. El sonido es el género, y la música la especie. De no considerar esto así, han nacido muchas cuestiones y exclusivismos ridículos. El verso bueno debe tener todas las cualidades de la prosa buena... mas las suyas especiales. El verso no es más que un modo de la prosa... el modo rítmico. Así, el andar acompañado de los soldados es un modo de andar que sirve, como los demás, para adelantar camino. El poeta que no dice nada de particular, es un recluta que no hace más que marcar el

paso, y que no se mueve. Hay muchos modos de escribir y de hablar, muchas clases de lenguaje y estilos diferentes para los diferentes géneros literarios, situaciones del ánimo, auditorios, etc., pero todos ellos entran en la prosa; se diferencian entre sí, pero no de la prosa, que los abarca á todos; el llamado estilo asiático es prosa, como el estilo familiar y el medio; y, sin embargo, hay formas, así retóricas, como rítmicas, como puramente léxicas, que son propias del *estilo elevado* y no del *vulgar*; y todo es prosa: pues el verso es otra especie de *prosa*... que tiene formas determinadas, peculiares. Estas observaciones tienen más importancia de la que puede creer un distraído; no es esta cuestión de palabras, ó por lo menos no es cuestión sólo de palabras. Ya se sabe que en el significado común, *prosa* significa un concepto negativo; pero este concepto negativo de una sola especie de forma literaria (el verso), sirve á la vez para representar la idea genérica, en distinción á la específica de verso. Por no entenderlo así, por dejarse llevar de la aparente oposición coordinada de prosa y verso, en cuanto palabras, se ha dejado muchas veces de ver tal como es la relación entre ambas cosas. Y sin embargo, en el mismo Diccionario de nuestra Academia hay algo que avisa, propusiéranse ó no los académicos, y previene contra el error. Dice el Dic-

cionario: «*Prosa*.—Estructura ó forma que toma *naturalmente* el lenguaje para expresar los conceptos, y no está sujeta, como el verso, á medida y cadencia determinadas. La prosa, considerada como forma artística (única de que nosotros tratamos, Sr. Núñez de Arce), *está sometida también, sin embargo, á leyes que regulan su acertado empleo.*» Como es indudable que las leyes á que se refiere el texto legal no pueden menos de ser leyes de eufonía, musicales, es claro que la prosa también puede ser de tal clase, que en ella se atienda al sonido y á las leyes acústico-artísticas, ni más ni menos que sucede en el verso; el verso, pues, llegará á no ser más que un orden de una especie de prosa, sujeta á leyes eufónicas referentes á *la medida* y á *la cadencia*. Lo que llamamos música, número, etc., en la prosa, aunque no es música rigurosamente, no lo es menos que la del verso, que tampoco es música; es de otra clase, eso sí, pero es elemento eufónico. Otra cosa es que la Academia no se explique con bastante precisión, ni aun exactitud, al definir el verso, todo el verso, en cuanto opuesto á la prosa, haciendo consistir sus leyes, la de *todo verso*, en la *medida* y en la *cadencia*; es de suponer que se refiera al metro en lo que dice de la medida; pero lo de *cadencia* ya es más vago, pues al definir esta palabra, el léxico oficial la aplica lo mismo

al verso que á la prosa, diciendo que se encuentra *así en el verso como en la prosa*; luego no debió usar, para definir la prosa por distinción del verso, palabras que no los distinguen tal, según la Academia misma. Por supuesto, que además los académicos se hacen un lío, como se dice vulgarmente, pues en otra acepción la cadencia es para ellos medida, y lo mismo que de la cadencia dicen del ritmo, el cual también para ellos es común al verso y á la prosa. Resultado: que, según el Diccionario, no hay modo de separar el verso de la prosa. Claro que esto nada prueba contra la realidad de la distinción, pero sí indica que, por lo que toca á la forma, no hay los abismos y la coordinación de especie á especie que quieren muchos. Es más; hay formas casi ambiguas que representan el paso de la prosa al verso, sobre todo en la aliteración y en el paralelismo de antiguas literaturas, v. gr., la *hebrea*, y en la construcción de muchos refranes y máximas populares, en que hay como embriones de ritmo ó de rima, ó de ambas cosas. Por otro lado, en algunos oradores, novelistas, etc., el cuidado de hacer sonoros y numerosos los períodos de su prosa, llega á un punto que nos obliga á acostumbrarnos á esta especie de *música wagneriana*, en que, si falta el ritmo riguroso, abundan otros elementos que también en el verso contribuyen á su efecto; en

la prosa de estos escritores y oradores se tiene en cuenta, como en la poesía, las profundas y misteriosas relaciones entre la idea y el sonido, el *carácter* de las letras y el de las palabras; y así, se pueden poner, como ejemplo de exageración en tal materia, al lado de las sutilísimas aprensiones de los poetas *simbolistas*, que ven colores en las vocales, los escrúpulos de Flaubert, que no tenía por buena la prosa que, leída en alta voz, no fuese de sonoridad perfecta, natural, fácil y expresiva como el verso. En llegando á esta ocasión, ya es difícil distinguir con una raya fija, imborrable, el dominio del verso y el de la prosa, por lo que toca á la forma fonética, y hay que reconocer que los límites son variables y que no se trata, en rigor, de especies diferentes *ab aeterno* y para lo eterno, sino de límites de distinción mudables, que si siempre subsisten, es cambiando siempre también. Y hay que ver, sobre todo, que estas distinciones se refieren, no al verso en oposición á toda la prosa, sino al verso, según sus reglas actuales en tal tiempo y lugar, en oposición á otro modo especial del lenguaje, á la *prosa elocuente* de Veleyo Patérculo, por ejemplo, á la prosa perfecta de Flaubert, al período castelarino, etc. Porque repito que la prosa, en general, como forma *natural* y que todo lo comprende en el lenguaje, no cabe compararla como un hemisfe-

rio á otro hemisferio. Aunque el nombre (1), por la forma negativa en que suele entenderse y explicarse, no autoriza, *gramaticalmente*, á sostener otra cosa, el que se atenga á la letra, tiene que dar en el error indicado, que tantas disputas innecesarias ha producido.

El Sr. Núñez de Arce, por no ver las cosas como yo creo que son, coloca la prosa enfrente del verso como si fueran dos ejércitos, y, según se acostumbra en los poemas épicos, enumera las glorias de tirios y troyanos, las huestes de uno y otro campo, y hay que verle diciendo con elocuente entusiasmo todas las grandezas y ventajas que la prosa trajo al mundo. Y no quiere caer en la cuenta de que prosa, en el sentido en que él toma la palabra, como lo que *no es verso*, no es nada esencial en el *verbo humano*, nada de lo que pudo hacer esos prodigios de que nos habla, sino un elemento relativo, de relación negativa, pues consiste sólo en no tener *medida* y *cadencia*, como quiere la Academia; ó en no tener el *ritmo* matemático del verso. Lo que el ilustre poeta elogia no puede ser esto; la calidad de *no ser verso* será la calidad intrínseca de ser

(1) *Prosa*.—Viene del latín *prosa*, que, según el Diccionario de Valbuena, es palabra que no tiene autoridad superior ni anterior á Quintiliano, es decir, un retórico que necesitaba clasificaciones.

*lenguaje humano*...; pero entonces todas las alabanzas que la prosa merece en este concepto, las merece también el verso, no como tal tampoco, no *por no ser prosa*, sino por lo que es en él genérico, por ser una forma artística del verbo humano. Mucho quisiera alcanzar á explicarme de modo que el Sr. Núñez de Arce me entendiese; no caben paralelos entre la prosa y el verso, como no caben entre el género y la especie; y si quiere una prueba, pregunte por ahí á la gente y se encontrará con que hay muchos que no pueden tolerar el verso (unos beduínos, corriente, pero los hay), mientras no hay nadie que diga: «No me gusta la prosa.» De la prosa se puede decir lo que el santo dijo de Dios: «en ella somos, vivimos y nos movemos.» Muchos hay que no leen más que prosa; pero no hay nadie que no lea más que versos. Ni más ni menos que hay muchos que no comen faisanes (mal hecho, pero los hay), y no hay nadie que no coma.

Yo estoy conforme con el Sr. Núñez de Arce en que hay versos para rato; pero no en que la cuestión sea tan baladí que merezca el nombre de *manía* la idea de los enemigos de la forma métrica. A los que no debió atender D. Gaspar, como ya dejó dicho, fué á los enemigos de la poesía, si los hay; pero á los partidarios de la abolición del metro, y sobre todo á los que, lamentándolo

ó no, creen que el verso está llamado á desaparecer, á éstos sí debió atenderlos, porque son muchos, algunos de ellos hombres que no hablan á humo de pajas, y en todo caso la cuestión interesante, propiamente literaria, y aun científica.

Dice muy bien Mr. Guyau en su estudio acerca de la *Estética del verso moderno*: «El metro, transformado desde el tiempo de griegos y latinos al nuestro, sujeto á una revolución por la escuela romántica, ¿tiene probabilidades de una larga vida? Poetas hay ya, que lo son sin duda para nadie, como Michelet, Flaubert, Renán (Castelar, añadiré yo), que han podido prescindir del verso. ¿Es esencial que el sentimiento poético mantenga su forma histórica constantemente sin desligarse de cierto elemento rítmico y musical? En una palabra, la *más alta poesía*, ¿necesita la versificación? El problema, planteado así, interesa no menos al filósofo que al escritor y sólo puede ser resuelto *por un análisis verdaderamente científico del verso*.» Esta es la verdad, ilustre poeta; esta cuestión que usted desprecia, es la verdadera. Yo, en lo poco que se me alcanza, voto con Núñez de Arce, que hay algo esencial para cierta clase de poesía que exige la forma rítmica, aunque en una variedad indefinida que no podemos sujetar á las leyes á que la poética sujeta históricamente á los poe-

tas de un tiempo y de una civilización determinados; creo que hay *cierta clase de poesía* que necesita el verso de un modo ó de otro; pero no creo: primero, que las leyes constantes de la poesía en verso sean las que D. Gaspar indica al hablar mal de lo que él llama la *prosa poética* y la *poesía prosaica*; segundo, que no haya más poesía que la rítmica sujeta á reglas musicales; tercero, que la cuestión sea de poca importancia y no merezca que D. Gaspar la estudie.

En buen hora hubiera dejado sin contestar á los que hablan pestes de la poesía; pero mucho hay que decir, y no poco que escuchar, á los que vaticinan la decadencia y la desaparición del verso. Si así no fuera, no se hubieran consagrado tantos buenos talentos á discutir la materia, como se puede ver en los *Ensayos de moral y de estética*, de Herbert Spencer; en los *Estudios estéticos*, de Renouvier; en el *Tratado de versificación*, de Becq de Fouquières; en la obra *The power of sound*, de Gurney, y otros trabajos de Banville, Tenint, Weber, etc., sin contar con las considerables observaciones de Zola, contestando á Sylvestre.

Por lo demás, al combatir y ridiculizar Núñez de Arce lo que él llama la *prosa poética*, bien se ve que, procediendo de modo parecido á lo que hizo al poner reparos á la novela, lo que combate y ridiculiza, en rigor, es la *prosa poética*.

mala. «¿Conocéis, dice, nada tan ridiculo como la prosa complicada, recargada de adornos, disuelta en *tropos* y *figuras* (así dice, sin duda por descuido) que, olvidándose de la sencillez inherente á su nativa hermosura... se afea y *desdora* con afeites y atavios inmodestos?» Efectivamente, esa prosa que se quita el oro ó el dorado con afeites y atavios *inmodestos* (yo no sé lo que este epíteto puede significar aquí), y que se *afea*, es mala, es *fea*; pero ¿tan bonita es la poesía si se complica, y se recarga y se disuelve en *tropos* y *figuras*, y se *desdora*, y se afea y usa atavios inmodestos? ¿O es que todas estas porquerías y perendengues, y unguentos y afeites, le sientan de perlas al verso? ¡Medrada poesía la que se presentara con todos esos adornos que tan mal le sientan á la prosa! Fijese el Sr. Núñez de Arce, y verá que su argumento se vuelve contra él. El, que ha elogiado la prosa severa, *robusta* y regiamente vestida, reniega de la prosa que pretende ser poética. ¿Qué añade esta prosa á la otra para parecerse al verso? ¿La forma rítmica? No, desde luego. Entonces, ¿qué? El recargo, la complicación, la disolución en trocos, el *desdoro*, la *inmodestia*, la falta de recato. ¿Es por esto por lo que reconoce en ella (pues por el ritmo no es) su calidad de prosa... *poética*? Pues mal año para la poesía. ¿No es eso? ¿No puede consistir lo característico de lo poé-

tico en ese cúmulo de fealdades? Pues entonces, ¿por qué capricho bilioso-nervioso bautiza el poeta á la prosa de esas malditas prendas con el nombre de poética? No, eso no es prosa poética, esa es prosa mala, disparatada, *cursi*. La prosa poética será más bien la de Chateaubriand, la de Michelet (á veces), la de Flaubert, la de Renán, la de Castelar, la de Rousseau, la de Quinet (á veces), etc. ¡Qué! ¿no les consiente D. Gaspar á los prosistas que sean más que severos, *robustos*, *regios* y parecidos siempre á Bossuet y á Fray Luis de Granada? ¿Se atreverá D. Gaspar á decir que la prosa del Castelar de los *Recuerdos de Italia* y de los más famosos discursos es mala?

Después la emprende con el reverso de la medalla, y pone de oro y azul á la *poesía prosaica*. Yo opino que la poesía que se parece á la prosa... mala, es tan mala, en efecto, como la prosa á quien se parece. Y viceversa: la prosa que se parece á los versos malos, es tan detestable como ellos. Pero si *robusta*, y sencilla y natural debe ser la prosa, *robusto*, y sencillo y natural debe ser el verso. Cuando el verso se parezca á la prosa perfecta, no será malo; pues como decía bien Flaubert, el buen período prosaico debe ser tal, que no pueda decirse mejor aquello que se dice, de modo que para ser verso sólo le falte el ritmo. Esto que decía Flaubert

á partir de la prosa, lo dijo Campoamor á partir del verso. Lo que hay es que el verso en ese elemento musical ó casi-musical (lirico-formal propiamente), que añade á la prosa, lleva leyes, no sólo de rítmica, sino gramaticales y retóricas que no se refieren al lenguaje y al estilo por sí mismos, sino en su misteriosa relación fisiopsíquica al ritmo, á lo *lirico*. Así como no toda combinación de palabra, ni aun toda palabra, suenan bien en el canto, no toda combinación de palabras, ni aun toda palabra (diga lo que quiera Campoamor), suenan bien en el verso, sí bien éste es menos riguroso para el caso. Lo es menos que la música vocal, pero lo es más que la *prosa artística*, que también tiene en este punto sus leyes y rigores, aunque están más atenuados. ¡Ojalá me explicara!

Cuando la *poesía prosaica* se entiende de esta suerte, no se puede renegar de ella. ¿Se atreverá nadie á renegar de la poesía de Campoamor, en general?

## VII

Con mucho gusto continuaría examinando el importante discurso del insigne y querido poeta con el detenimiento y por el método exegético hasta aquí empleados; pero las condiciones ma-

teriales á que han de someterse estos folletos en punto á su extensión, me obligan á desistirme de estudiar la segunda parte de la elocuente oración inaugural del Ateneo. Como ya he apuntado, no forma un todo con la doctrina anterior, y puede decirse que se limita á ser una reseña rápida y necesariamente incompleta de la modernísima literatura lírica en Europa. Ciertamente es de paso el ilustre vate español emite juicios, establece comparaciones que hacen pensar mucho, y que yo rechazo en no poco; pero al fin no se refieren tales ideas y comentarios al fondo de la materia antes examinada, y sin menoscabo de la integridad del asunto puedo por hoy prescindir del contenido de esa segunda parte.

En otra ocasión, tal vez muy próxima, no ya en forma de crítica directa de ese discurso, sino con motivo de exponer mis propias ideas acerca del estado actual de la vida literaria, es probable que vuelva sobre las apreciaciones que sugieren al Sr. Núñez de Arce las literaturas europeas como hoy se nos presentan. Natural será, abordando el asunto, tomar en cuenta opiniones de tan importante escritor y artista español, y más viendo que en España las inteligencias verdaderamente dignas de emplearse en tan nobles, graves y difíciles disciplinas, rara vez se ocupan en ellas. Cuando un Valera, un Núñez de Arce, un Campoamor se dignan analizar estos asun-



tos literarios de actualidad que en otros países constante y seriamente tratan muchos grandes pensadores, sabios y artistas, hay que aprovechar la ocasión y *apurar la letra* examinando, pensando, midiendo y hasta paladeando toda la que tan insignes publicistas nos regalan.

Por esto mismo he llenado yo tantas cuartillas para examinar nada más que 31 páginas del discurso de Núñez de Arce. Aprecio en mucho su talento, su erudición, su gusto, para que no me preocupen hondamente sus opiniones en tales asuntos; y como, por desgracia, nos separamos bastante en el modo de entender muchas de estas cosas, como se ha visto, no puedo yo en un dos por tres darme por disidente, sino que necesito fundar con mucho espacio y parsimonia los motivos de la discordancia.

Y aun con haber dicho tanto no me he atrevido á abordar los más importantes problemas que suscita la oración del poeta.

He huido, por ejemplo, de penetrar en el estudio del medio actual literario, cuyas condiciones justifican, no sólo explican, el presente predominio de la prosa y la predilección que hoy merece la novela. Una apología de ésta, y menos en oposición á la lírica, no era, no podía ser mi objeto, á no incurrir en contradicción y en la censura que yo mismo echaba sobre la crítica infecunda de las comparaciones jerárquicas; ni si-

quiera he querido hacer una apología... temporal, que bien podría; quiero decir, ni siquiera he querido sostener en esta ocasión la legitimidad de la superioridad actual, oportuna, á mi entender, de la novela.

Es indudable que una de las notas predominantes, generales y de carácter permanente que señalan la actual tendencia literaria, es lo que llaman los italianos el *verismo*, la sinceridad retórica; no es cierto que la literatura vaya á convertirse en ciencia, pero sí que cada vez es cosa más seria para las sociedades cultas; hay muchos datos de la realidad psíquica y de la realidad natural que no llegan á nuestra conciencia, ni por la ciencia, ni por la observación empírica; datos que la humanidad necesita con más fuerza según progresa; datos, en fin, que sólo se adquieren por el camino del arte, por la doble vista estética; y convencido de esto el mundo moderno, á cambio de la mayor importancia social que da al arte, le pide más sinceridad, más cantidad de *realismo*, ó sea de verdad transparente en la poesía... Y como podría demostrarse estudiando con atención y espacio el asunto, el *lirismo histórico*, el que casi siempre ha predominado, ofrece, con algunas excepciones, menos elementos de *sincerismo* que la prosa de ciertos novelistas, historiadores y críticos. De aquí una ventaja, tal vez pasajera, pero real,